

Carlos Vidal, instrucciones para subir una escalera

□ LETICIA MARTÍN RUIZ

La nueva exposición de **Carlos Vidal**, artista nacido en Chiapas pero habitante de Madrid, se nos ofrece bajo el título "Instrucciones para subir una escalera", a modo de homenaje particular a Cortázar, escritor argentino que ha llenado de pequeñas maravillas como esta muchos minutos de nuestro tiempo. Al igual que el texto de Cortázar, la pintura de Carlos Vidal se encuentra en el territorio a medio camino entre la ironía, el surrealismo y lo que en Europa hemos denominado realismo mágico. Se trata de una pintura minuciosa, pero no recargada, el detalle se encuentra en las texturas, colores, tramas y delicadas regiones trazadas a grafito, con una admirable paciencia. El resultado, al contrario de lo que pudiera parecer por estas primeras palabras es una pintura clara, con la carga de imagen justa para contarnos una historia y con una carga de palabras sorprendente pero absolutamente estética y acorde con la pintura.

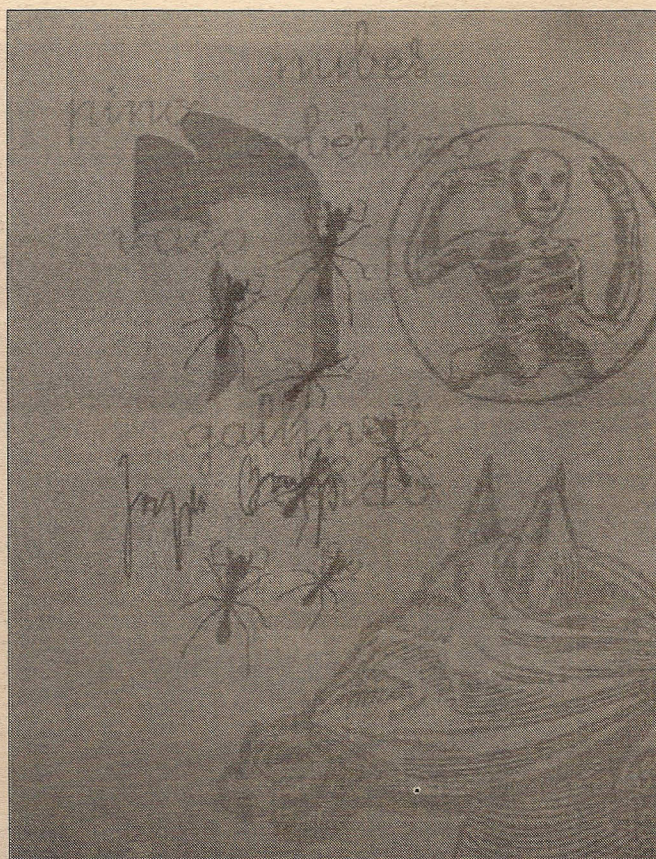
La presencia de la palabra en las obras de Carlos no es una novedad,

combina en su uso los dos factores predominantes, por un lado su significado y por otro su forma, su belleza como imagen independientemente de su contenido. Quizá por eso una de sus inspiraciones en esta muestra son las firmas, esos trazos personalizados en los que muchas veces sin quererlo plasmamos parte de nuestra personalidad. Pero no son firmas cualesquiera, se trata de firmas de reyes (un genérico "yo el rey" siem-

pre nos sorprende y casi nos hace sonreír) y de artistas, principalmente, pero siempre se trata de imágenes que en un momento han cruzado sus ojos y han conquistado al artista. Goya, Dalí o Joseph Beuys, son grandes maestros de distintas épocas que aparecen en esta muestra.

La composición es fragmentada, con imágenes aparentemente inconexas y que completan una especie de cuento en imágenes.

Las fuentes son muchas, cuadernos de colegio, comics, el cine, el folklore... nada está a salvo de ser diseccionado por Carlos. Cabellos sin rostro, manos sin cuerpo o pies que intentan subir una invisible escalera que se esconde a cada paso, la presencia humana es una constante pero nunca la encontramos como protagonista absoluta sino que completa este collage, que casi como un jeroglífico nos reta desde el lienzo. No puedo dejar de reseñar que merecen ser leídos y recordados los títulos de sus obras, que inseparables de su imagen es mejor mantener en el anonimato hasta el encuentro.



"El rastro de una caricia", 2005, de Carlos Vidal

• Artetrece Galería de Arte, Belén, 13. Hasta el 14 de octubre.